

TRADUCCIONES: ENTRE LA FILOSOFÍA Y LA LITERATURA

Niklas Bornhauser
Universidad Andrés Bello (Chile)
nbornahuser@unab.cl
ORCID ID: 0000-0001-5655-4668

Henar Lanza González
Investigadora independiente
planomeneaitia@gmail.com
ORCID ID: 0000-0002-2298-3445

Cristóbal Durán
Investigador independiente
cristobaldr@gmail.com
ORCID ID: 0000-0002-8870-5659

Rike Bolte
Investigadora independiente
rikebolte@yahoo.com
ORCID ID: 0000-0003-0158-8910

En los últimos años el problema de la traducción ha pasado de ocupar un lugar marginal o marginado a recibir una atención creciente por parte de distintas prácticas discursivas —entre ellas la filosofía, la literatura, el psicoanálisis y la traductología—, así como de gremios, audiencias e instituciones varias. La traducción se encuentra en el centro de un fecundo y animado debate interdisciplinar cuya polifonía pareciera tributar a la irreducible pluralidad de las lenguas.

La multiplicidad irreducible de las lenguas ha dejado de ser un obstáculo para el pensamiento y se ha transfor-

mado en el punto de partida de una serie de desarrollos que parten precisamente de dicha diversidad como su condición previa. Las diferencias inter e intralingüísticas manifiestas se han traducido en la reconsideración no solo de la traducción *strictu sensu*, sino en una reformulación de conceptos emparentados: la propiedad y lo propio, el problema de la mimesis, el estatuto de la extranjería y la extrañeza, el valor de la lengua en la transformación del mundo, las relaciones entre la lengua y la alteridad. La capacidad de estos conceptos de establecer todo tipo de combinaciones contribuye a que el problema de la traducción colinde con la traslación, la transliteración y el tránsito.

Luego del llamado *linguistic turn*, término acuñado por Bergmann (1953) y popularizado por Rorty (1967) a partir de la revolución filosófica de Wittgenstein, el contexto en el que se formula la pregunta por la traducción se ha reestructurado de manera decisiva. En la medida en que toda discusión sobre la relación entre las lenguas se desarrolla ante el telón de fondo de la consideración del problema del lenguaje, toda consideración del traducir está sujeta indisociablemente a las respectivas concepciones del lenguaje, de la representación o de la relación entre lenguaje y pensamiento.

Como consecuencia, la reflexión acerca de la traducción no solo ha considerado las grietas que separan las lenguas entre sí, sino que se ha puesto un énfasis cada vez mayor en la reflexión sobre cómo cada lengua en particular y el lenguaje en general se ha ido forjando precisamente a partir de los abismos que se abren en y entre estos. Se ha agudizado la percepción de la ausencia como un principio constitutivo de la representación, de la pérdida y del exceso inherentes a toda traducción, y de los límites internos de la lengua.

Entre las distintas reflexiones dedicadas a los presupuestos, limitaciones y posibilidades de la traducción, el prólogo de Walter Benjamin a su traducción de *Les fleurs du mal* de Charles Baudelaire, titulado *Die Aufgabe des Übersetzers* (1923), se ha convertido en una referencia ineludible. En dicho texto confluyen el ineludible

imperativo a traducir, la *Aufgabe* de la que no es posible escapar, con el ineluctable fracaso que siempre implica toda traducción y con la sugestiva tentación de abandonar [*aufgeben*] aquella tarea o misión [*Aufgabe*]. Al mismo tiempo, la traducción es siempre una *Gabe*, un entregarse a la dinámica propia de la traducción y una donación a una comunidad lectora y a una lengua.

De Derrida en adelante la traducción ya no puede ser pensada como la transcripción mecánica de un texto desde una lengua hacia otra, no puede ser reducida a la representación ingenua mediante la imagen del trasvase de ‘algo’ desde un contenedor hacia otro o mediante otras metáforas acuáticas. Estas mismas metáforas (ante todo la de las dos orillas) son debatidas desde hace tiempo. Estamos ante una historia larga de metafóricas de la traducción, es decir, ante una vastísima semántica de la traducción.

Mientras que la tradición, marcada por la recepción dominante de ciertos textos clásicos (de manera protagónica, el *Crátilo* de Platón) ha tendido a pensar la diversidad de las lenguas como un obstáculo que dificulta el acceso a la cosa, al referente o a la verdad, recientemente ha reconocido el potencial que encierra dicha pluralidad. Es justamente aquella heterogeneidad y porosidad originaria constituyente de las lenguas lo que ha inducido a Antoine Berman (1984) a hablar de la apertura hacia lo otro, la otredad o la extranjería de las lenguas.

En consecuencia, el medio en el que acontece la traducción, más que un sistema cerrado, es una estructura abierta e inconclusa, que permanentemente se (des)articula a través de su diferir. Si las lenguas solamente existen *im Vollzug*, si se modifican permanentemente en el nivel paradigmático, sintagmático y semántico, entonces el traducir tiene que pensarse como un acontecimiento que se realiza en medio de entrelazamientos, bifurcaciones, cruces, desvíos, sobreposiciones y escisiones.

Si las lenguas son ese interminable modificarse y abrirse hacia lo extranjero, si son ese devenir otro de sí, entonces la traducción se convierte no solo en un proceso más que se inscribe en escenarios

inestables y cambiantes, sino que se transforma en un operador de esa misma transformación. De ahí que la traducción incida transformadoramente en el mismo tejido lingüístico del que está hecha. La traducción no sería meramente algo que transcurre entre lenguas, una suerte de bisagra, sino una operación arraigada en las lenguas que las transforma desde sus entrañas.

De lo anterior se desprenden cuatro consideraciones fundamentales:

Primera, la traducción no es reducible a una transliteración irreflexiva que transcurre de manera automática, sino que es una operación compleja y sobredeterminada que participa del conjunto de gestos positivos del pensar como lo son el interpretar o el comprender.

Segundo, la traducción no puede guiarse por el ideal de una traducción perfecta que reproduzca sin pérdidas un texto original, sino que en tanto *Übersetzung* implica siempre una desfiguración [*Entstellung*] que opera tanto sobre la lengua de partida como sobre la lengua de llegada. El traducir encarna así una serie de desfiguraciones que, lejos de actuar sobre el original previamente constituido, son el requisito indispensable para poder hablar de cualquier constitución.

Tercero, el ajado dicho *traduttore*, *traditore* encubre que la presunta traición (al texto, a la lengua, al ideal) es, en realidad, la cara visible del mecanismo de producción de significado que opera en el interior de las lenguas y entre ellas. En la medida en que toda traducción supone siempre una relación con el fracaso [*Versagen*], la traducción es una formación (de lo) inconsciente.

Cuarto, el *Übersetzen*, más que un pasar de una orilla a otra, es un poner sobre, un trans-emplazar, un gesto que disloca [*entsetzt*] causando horror o espanto [*Entsetzen*] —aunque hay otro polo en la experiencia traduccional, que es la maravilla—. Al hablar de lo dislocado, desemplazado y horrorizado [*Entsetztes*], se plantea simultáneamente la pregunta por lo sublime [*Erhabene*] en la experiencia de la traducción literaria.

Si la lengua es una estructura ensamblada sobre una base de ciertos mecanismos móviles que le otorgan su carácter fugaz y transitorio, entonces el traducir impacta en dichas lenguas produciendo efectos de dislocación. Esto exige una flexibilización en el momento de formular la exigencia de que quien traduce debería tener un fundamento de teoría de la traducción, ya que la teoría no sería tanto un fundamento, sino, precisamente, una desfunda(menta)ción que pone al descubierto el abismo insondable sobre el que se mueve quien traduce y exhorta al valor de resistir esa falta de fundamento.